

Se es madre mientras no se deje a los hijos*

¿Cuánto tiempo ha pasado apenas desde aquellas primeras noticias que se filtraron hacia afuera de que unas mujeres desfilaban regularmente todos los jueves en la Plaza de Mayo, corazón de la capital argentina? Vestidas de negro con un pañuelo blanco en la cabeza —al principio empleaban los pañales de gasa de sus hijos que aún conservaban como reliquia de sus primeros años de maternidad— circulaban alrededor de la Pirámide de la Plaza, pidiendo a la dictadura militar de 1977 una respuesta sobre el paradero de sus hijos y familiares desaparecidos.

Desde entonces, que parece una fecha tan remota, aunque apenas hayan transcurrido nueve años, han sucedido muchas cosas en Argentina. El país ya no es gobernado por una junta militar, y los altos mandos del Ejército, aquellos que gozaban del poder absoluto en esas fechas, han sido enjuiciados por la justicia civil, acusados del secuestro, desaparición, tortura y muerte de miles de jóvenes, hombre y mujeres indefensos. Las Madres de la Plaza de Mayo han jugado un papel esencial en este proceso.

Pese a todo, sus voces de protesta fueron de las pocas que se escuchaban en el interior de Argentina durante esos años aciagos del "proceso". Sólo ellas, desde su maternidad despojada por obra y gracia de la inexorable racionalidad de la "guerra sucia", tuvieron la capacidad política de comprender en su espantosa totalidad, lo que realmente sucedía en esa Argentina del Mundial de Fútbol y de la "plata dulce" que tuvo un final estrepitoso y vergonzante en Las Malvinas.

El ejemplo de las Madres de Plaza de Mayo ha cundido por América Latina desde entonces. En Chile, Perú, Bolivia, Honduras, El Salvador, Guatemala, por mencionar sólo algunos países, las mujeres —amas de casa, madres de familia en su mayoría— se han organizado— para enfrentarse a la represión política, a la muerte sistemática y racionalmente aplicada, como forma de gobierno. Ahora, nueve años después, estas agrupaciones de madres y fami-

liares son conocidas en el mundo entero. Su fuerza tiene una dimensión continental y su voz se escucha en todas partes, en un movimiento sin precedente en la historia latinoamericana.

La historia de vida de Hebe de Bonafini, una de las primeras integrantes y protagonistas del movimiento de Madres de Plaza de Mayo, cuenta cómo, cuándo y por qué las madres decidieron emprender la titánica lucha contra los militares argentinos y su política de exterminio masivo de la disidencia política.

En el fondo, la historia es sencilla. Se trataba de encontrar a los hijos arrancados de sus hogares por la fuerza. La búsqueda se convirtió, como era natural, en una obsesión. ¿Cómo iba yo a dejar de buscarlos, dice Hebe en algún momento, si yo sabía que mis hijos me necesitaban? Además, agrega, si yo los abandonaba a su suerte, si me rendía ante el esfuerzo de arrancarlos de alguna comisaría o cárcel clandestina, entonces dejaba de ser su madre. Y eso no puede ser, se es madre mientras no se deje a los hijos.

Así, la búsqueda se convirtió en acción organizada, y ésta en fuerza política. Al principio las mujeres se juntaron para "darse fuerza", pero poco a poco, en un esfuerzo colectivo de ejercicio de la imaginación, fueron ideando formas de lucha para hacer llegar su reclamo a donde fuera posible. La idea de sacar una inserción pagada en los diarios, con los nombres y datos de todos los desaparecidos, tomó casi un año en fraguarse. Esa sola acción, discutida y madurada en la calle, en las confiterías y en las bancas de las iglesias (adonde con el pretexto de rezar el rosario, las madres se reunían a concertar sus acciones), les valió las primeras represalias de la dictadura. Cerca de la Navidad de 1977, varias madres son detenidas en la calle con lujo de fuerza. En una esquina las esperaba un grupo de hombres armados que las subió a un coche, corrieron la misma suerte que sus hijos: murieron torturadas en alguna cárcel clandestina.

Sin embargo, la inserción pagada

apareció en los diarios. Fue una victoria publicarla, dice Hebe, y agrega que, pese al golpe sufrido, al ver los nombres de los desaparecidos impresos en el diario, sintió un inmenso deseo de vivir. La primera vez en mucho tiempo. "Mientras yo viva mis hijos no estarán muertos, nadie podrá matarlos. A un hijo no se le puede matar nunca".

Una tras otra, las "victorias" se fueron sucediendo. Tras la solicitada y el contacto firme con las organizaciones humanitarias del exterior. Luego la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA. Los viajes a Estados Unidos y a Europa, que culminan con una audiencia con el Papa. Todo un aprendizaje político para mujeres habituadas al universo íntimo de la rutina hogareña. Dos mundos que irremediablemente se confrontaban y en los que había que salir como la vencedora. En la casa, el desaliento y la desesperación, afuera, en la calle, en los juzgados y ministerios, "... otra manera de hablar, de vestirse, (...) con la que debía luchar, convivir enfrentarse...".

Atrapadas entre el infierno de afuera y su propia ingenuidad, aprendieron a oponer una resistencia cada vez más organizada a la dictadura, y en el recuento de este aprendizaje, reside el valor de la narración de Hebe. Nunca recuperó a sus dos hijos desaparecidos. Durante el largo período de lucha, que aún no termina, perdió también a su nuera embarazada —secuestrada al poco tiempo de su hijo— y a su padre y marido muertos ambos por un cáncer fulminante. Cinco vidas segadas, un hogar destrozado, como tantos otros. Pero en el proceso, ella ganó algo también. Algo que nunca podrá compensar lo perdido, pero que la enriqueció y le dio una nueva dimensión de la vida, y ese algo es el saberse parte activa y actuante de una colectividad. La lucha de las madres en Argentina es un legado histórico para el mundo entero.

* *Historias de vida. Hebe de Bonafini*, redacción y prólogo de Matilde Sánchez, Buenos Aires, Fraternal del Nuevo Extremo, 1985, 240 p.